

Entrevista al historiador Francisco A. Eissa-Barroso (The University of Manchester) para *Pensar Historia*. Revista de los Estudiantes de Historia de la Universidad de Antioquia

ENTREVISTA

(Preámbulo): Esta es la primera entrevista que publicamos en *Pensar Historia*. Para ello nos hemos querido enfocar en un diálogo con historiadores e historiadoras cuyas obras, por diferentes razones, han resultado trascendentes para las historiografías local, nacional y mundial. La obra del profesor Eissa-Barroso es una interesante contribución a la historiografía sobre el mundo atlántico en el siglo XVIII, categoría en la cual la historia de Colombia, es decir, el pasado virreinal, constituyó el momento a partir del cual esta nación tuvo parcialmente sus orígenes.

Entrevista¹

Pensar Historia:

¡Hola, respetado profesor Eissa-Barroso! Para nosotros es un gusto poder entrar en contacto con usted y acercarnos un poco más a su obra a través de esta entrevista. Nos gustaría saber sobre su formación como historiador. ¿Podría hablarnos de su trayectoria? ¿Cómo se define, cuántos años tiene, cuáles fueron sus motivaciones para estudiar historia, qué o quiénes (historiadores/as o autores/as) le han inspirado, dónde estudió y bajo la tutela de quién?

Francisco Antonio Eissa-Barroso:

Aunque siempre me interesó la historia como campo de estudio, me tomó bastante tiempo darme cuenta de que eso era a lo que me quería dedicar. Estudié la licenciatura en Ciencia Política y Relaciones Internacionales en el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) en la Ciudad de México. Ahí cursé varias asignaturas de historia con extraordinarios profesores como Arturo Grunstein, Beatriz Rojas Nieto y Jean Meyer. También tomé dos semestres de Historia de la Teoría Política con el profesor José Antonio Aguilar Rivera cuyo libro *En pos de la quimera: reflexiones sobre el experimento constitucional atlántico* es, sin duda, uno de los libros que más ha influido en mi trayectoria intelectual. Pero fue durante el 7° semestre de la carrera, como estudiante de intercambio en Duke University en los Estados Unidos, cuando finalmente decidí que estudiaría el posgrado en historia y no en ciencia política. Durante ese semestre cursé asignaturas en algunos de los campos de la ciencia política que, por entonces, me resultaban más interesantes: la historia del pensamiento político y la teoría de juegos. Pero también tomé una clase sobre historia de la Ilustración con el profesor William M. Reddy, uno de los pioneros de la historia de las emociones. La clase fue francamente fascinante: estaba organizada en torno a los contrastes entre la interpretación tradicional de la Ilustración, según autores como Peter Gay, y la corriente revisionista en la que se insertaba el propio Reddy. Las lecturas asignadas eran una combinación de historiografía y fuentes primarias. Y los temas que analizábamos pasaban de la historia intelectual y del pensamiento político hacia campos como la historia de las mentalidades, las emociones, el género y la vida privada. El curso me abrió horizontes cuya existencia desconocía hasta entonces; comencé a entender que la historia, como campo de estudio, ofrecía posibilidades mucho más amplias y diversas que la ciencia política.

1 Desde el Comité Editorial de la revista *Pensar Historia*, agradecemos al profesor Sebastián Gómez González por su colaboración con la gestión de la entrevista.

PENSAR HISTORIA

Al regresar a México, ya con la idea de estudiar un posgrado en historia, tuve la oportunidad de participar en un taller extracurricular dirigido por los profesores Clara García Ayuardo y Antonio Annino donde escribí lo que se convertiría en mi primera publicación como historiador: un artículo sobre la influencia que tuvo la Constitución de los Estados Unidos de América en los debates del congreso constituyente mexicano de 1823-24. Más o menos al mismo tiempo comencé a trabajar en mi tesis de licenciatura, bajo la dirección del profesor Gabriel Negretto, en la que buscaba entender cómo se había implementado la idea del poder neutral, desarrollada por Benjamin Constant, en la Constitución Mexicana de 1836 y la Constitución del Imperio Brasileño de 1824.

Al trabajar en estos textos fui desarrollando la sensación de que no sabíamos suficiente sobre la cultura política, heredada de la Monarquía Hispánica, desde la cual los constitucionalistas de principios del siglo XIX interpretaban las ideas políticas desarrolladas en Europa y Estados Unidos. Trabajando como asistente de investigación de Antonio Annino, y luego de Beatriz Rojas, me fui empapando también de la, entonces todavía relativamente nueva, historiografía sobre los procesos independentistas del mundo hispano y las transformaciones en la cultura política de la época asociadas al constitucionalismo gaditano. Junto a la obra del propio Annino, me influyeron profundamente algunos textos de François-Xavier Guerra, Annick Lempérière, Carlos Garriga y José María Portillo.

Al terminar la licenciatura trabajé un par de años con el historiador Enrique Florescano, que por entonces estaba al frente de la Dirección de Proyectos Históricos del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes de México. Al mismo tiempo fui explorando distintas opciones para estudiar el posgrado. Mi inclinación era por hacer el doctorado en los Estados Unidos, pero afortunadamente Clara García y Antonio Annino me convencieron de probar primero el sistema británico. Aunque el primer programa al que me postulé no me aceptó, tuve la suerte de poder estudiar la maestría en Historia por investigación en la Universidad de Warwick. Bajo la supervisión del profesor Guy Thomson escribí una tesis sobre la cultura política de la Nueva España y las juntas generales convocadas por el virrey José de Iturrigaray durante el verano de 1808.

Mi plan era estar sólo un año en el Reino Unido y después irme a los Estados Unidos. Pero mi estancia en Warwick resultó ser un periodo sumamente agradable, estimulante y productivo, por lo que, cuando la universidad me ofreció una beca completa para estudiar el doctorado, decidí quedarme en Inglaterra tres años más. Bajo la dirección conjunta de los profesores Guy Thomson y Anthony McFarlane comencé a trabajar en un proyecto de tesis doctoral que pretendía analizar las transformaciones del régimen virreinal a lo largo y ancho del mundo hispano du-

PENSAR HISTORIA

rante el siglo XVIII, una especie de continuación del excelente libro de Alejandro Cañeque, *The King's Living Image*, pero con un marco geográfico más amplio. Sin embargo, al poco tiempo me di cuenta de que la labor era imposible, y de que aún sabíamos tan poco sobre la primera mitad del siglo XVIII que con enfocarme en ese periodo tendría más que suficiente. Fue así como terminé por escribir una tesis que pretendía entender, de manera conjunta, la lógica detrás de los procesos que llevaron a la supresión de los virreinos de Valencia, Aragón, Cataluña, las islas Baleares, Sicilia y Cerdeña, la creación del virreinato del Nuevo Reino de Granada y la transformación en el perfil de los virreyes del Perú y la Nueva España. Además de la obra de Tony McFarlane y del extraordinario libro de Colin MacLachlan *Spain's Empire in the New World: the Role of Ideas in Institutional and Social Change*, mi tesis doctoral se vio profundamente influida por el trabajo de historiadores como Pablo Fernández Albaladejo, Jean Pierre Dedieu, Francisco Andújar, Allan Kuethe, José Miguel Morán Turina y Gabriel Paquette.

Al terminar el doctorado, tuve la suerte de conseguir un par de contratos a tiempo parcial en la misma Universidad de Warwick. Primero una beca de investigación en el Instituto de Estudios Avanzados explícitamente diseñada para permitir que jóvenes doctores, graduados de la misma universidad, comenzaran a desarrollar nuevos proyectos de investigación que les facilitaran la inserción en el mundo académico. Después obtuve un contrato de docencia para cubrir las clases del profesor McFarlane que se acaba de jubilar. Al terminar estos contratos, y tras haberme postulado sin éxito a más de una veintena de plazas en universidades británicas y norteamericanas, obtuve una beca posdoctoral del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACyT) de México para realizar una estancia en el Centro de Estudios Históricos del Colegio de Michoacán. En Zamora –gracias al estimulante ambiente intelectual creado por colegas como los profesores Thomas Calvo, Rafael Diego-Fernández, Víctor Gayol, y Nelly Sigaut, y a la famosa falta de distracciones que caracteriza a la ciudad – pasé uno de los periodos más productivos de mi vida académica, antes de volver al Reino Unido a finales de 2013 para incorporarme como profesor de Historia de América Latina al Departamento de Estudios Hispánicos, Lusófonos y Latinoamericanos de la Universidad de Mánchester, donde laboro desde entonces.

Pensar Historia:

En nuestro país existe una categoría —quizás un tanto problemática— denominada “colombianista”, para referirse a quienes tienen a Colombia como área de estudio, reflexión e interpretación, tanto su pasado como su presente, y que generalmente provienen de los ámbitos europeos o norteamericanos, incluso oceánicos. En ese

PENSAR HISTORIA

sentido resulta curioso y novedoso que un mexicano se haya interesado por temáticas que guardan una estrecha relación con la historia colombiana. ¿Qué le llevó a estudiar aquello que se conoció como Nuevo Reino de Granada particularmente en ese periodo del siglo XVIII?

FAEB:

Mi encuentro con la historia del Nuevo Reino fue algo completamente fortuito. Cuando empecé a planear el proyecto de mi tesis doctoral sabía perfectamente que las reformas borbónicas incluían la creación de los virreinos neogranadino y rioplatense, pero no sabía realmente nada sobre dichos procesos ni sobre la historia de los respectivos territorios. Había leído algo sobre el proceso de independencia de Colombia, sobre todo a través de la obra de John Lynch, y poco más. De hecho, aunque parte de lo que me había llevado a Warwick era el interés en trabajar con Tony McFarlane, yo lo veía más como un experto en las reformas borbónicas y las guerras de independencia en general que como uno de los colombianistas más prominentes del Reino Unido. Al empezar a trabajar en mi tesis doctoral, y sobre todo una vez que tomé la decisión de enfocarme exclusivamente en la primera mitad del siglo XVIII la Nueva Granada se volvió uno de mis principales objetos de estudio prácticamente por default. Y claro, la Universidad de Warwick era uno de los mejores lugares desde donde estudiar ese espacio histórico: gracias a McFarlane, la biblioteca de la universidad contaba con una excelente colección de historiografía sobre la Nueva Granada del siglo XVIII que se había ido enriqueciendo a medida que otros estudiantes doctorales suyos, como Caroline Williams, Synnøve Ones o Steinar Seather, habían desarrollado sus propias investigaciones sobre la región. La presencia de Tony (MacFarlane) servía además como un polo de atracción para otros jóvenes historiadores colombianistas, como Ainara Vázquez Varela, con quien tuve la fortuna de colaborar en varios eventos y publicaciones, a quien le debo mucho de lo que sé sobre la Nueva Granada y, sobre todo, a quien considero una gran amiga.

Pese todo lo dicho, he de admitir que el haber desarrollado una reputación como colombianista me tomó un poco por sorpresa. Claramente, las decisiones que tomé en el proceso de transformar mi tesis doctoral en un libro, y el hecho de haber estudiado con Tony McFarlane, me ponían en ese camino. Pero no fue sino hasta que empecé a recibir invitaciones para colaborar en la dirección o evaluación de tesis doctorales sobre la historia del Nuevo Reino, o para dictaminar publicaciones sobre el mismo, que caí en cuenta de que poco a poco me había ido convirtiendo en un experto en ciertos aspectos de la historia de la región.

De hecho, desde que estaba estudiando el doctorado, siempre me he pensado más

PENSAR HISTORIA

como un historiador del mundo hispano (incluyendo a España) que como especialista en una parte específica de él. De hecho, una de las preocupaciones centrales detrás de mi trabajo de investigación ha sido la necesidad de pensar el mundo hispánico de la edad moderna como un conjunto, yendo más allá de las fronteras de los estados latinoamericanos contemporáneos, pensando siempre a España e Hispanoamérica como espacios profundamente interconectados cuyas historias no se pueden entender a cabalidad si se les separa.

En este sentido, siempre me ha parecido que la tendencia a pensar el pasado dentro de las fronteras de los estados-nación contemporáneos es uno de los grandes lastres de la historiografía de los distintos países latinoamericanos. Esto se debe no sólo a que los espacios nacionales de hoy no se corresponden con los espacios geográficos dentro de los que los habitantes de pasado imaginaban y experimentaban sus vidas, sino también a que el énfasis en la historia nacional lleva implícito el riesgo de asumir como excepcional lo que fue bastante común, o de pensar como generalizadas características que en realidad fueron específicas. La tendencia a enfrascar el pasado en contenedores geográficamente anacrónicos también dificulta en muchas ocasiones el reconocer procesos históricos que pueden ser sumamente importantes a gran escala pero que a nivel 'nacional' pueden parecer insignificantes.

Ahora bien, tampoco se me escapan las razones prácticas por las que el enfoque nacional sigue siendo dominante en muchas de nuestras historiografías. Es perfectamente comprensible el que los órganos que financian la investigación histórica en muchos de nuestros países prioricen la investigación sobre el pasado propio; es igualmente entendible que acceder a fondos documentales que nos permitan obtener una visión geográficamente más amplia es, a menudo, costoso y complicado. Y en ese sentido soy muy consciente de la posición privilegiada en la que nos encontramos muchos de quienes trabajamos en Europa o los Estados Unidos, donde lejos de vernos presionados a enfocar nuestro trabajo a través de un espacio nacional, a menudo nos encontramos con el problema contrario: la necesidad de enseñar historia de América Latina como un todo (más por legados intelectuales colonialistas que por innovación epistémica). Esto nos obliga en cierta forma a pensar y trabajar en un contexto geográfico más amplio. También me queda muy claro que, desde acá, resulta muchas veces más fácil acceder a repositorios documentales que cubren espacios geográficos diversos (con todos los sesgos de selección y demás problemas anejos a espacios archivísticos como el Archivo General de Indias), y acceder a los recursos necesarios para realizar estancias frecuentes o más o menos prolongadas en dichos archivos.

PENSAR HISTORIA

Desde esta perspectiva, creo que lo que he tratado de hacer siempre en mi trabajo es pensar eventos o procesos específicos desde una perspectiva geográfica más amplia que la inmediata. Así, mi libro sobre la creación del virreinato de la Nueva Granada, aunque versa indiscutiblemente sobre un proceso que afectó profundamente a la región, trata de entender el mismo en el contexto más amplio del mundo hispano y del espacio atlántico.

Pensar Historia:

¿Cómo ha sido su relación historiográfica y referencial con las obras producidas en y sobre Colombia para sus reflexiones? ¿Destaque algunos aportes que le hayan resultado útiles para lo que escribe?

FAEB:

Supongo que no sorprenderé a nadie al decir que el trabajo de Tony McFarlane fue fundamental en mi aproximación a la historia del siglo XVIII en su conjunto y la de la Nueva Granada en particular. Aunque hay muchas interpretaciones en las que no coincidimos, su *Colombia antes de la independencia* me sigue pareciendo una obra fundamental para obtener una visión de conjunto de la historia política y económica del Nuevo Reino en el siglo XVIII. Ya en el contexto específico de mi investigación doctoral, la tesis inédita de Synnøve Ones, sobre la política en la Nueva Granada entre 1681 y 1719, y el estudio clásico de María Teresa Garrido Conde sobre la primera creación del virreinato me resultaron fundamentales. Las publicaciones de Ainara Vázquez Varela y Juana Marín me permitieron entender cómo se articulaban las élites santafereñas de la época y las relaciones que establecieron con el poder virreinal. El trabajo de Lance Grahn sobre el comercio ilícito en la Nueva Granada en el primer siglo XVIII me parece todavía una de las grandes aportaciones historiográficas sobre el tema y es una absoluta lástima que sea tan difícil de conseguir. Tampoco puedo dejar de señalar algunas de las recopilaciones de fuentes primarias realizadas a principios del siglo XX, sin las que me habría sido imposible terminar el doctorado: las *Relaciones de mando* editadas por Posada e Ibañez y los apéndices documentales a *El Nuevo Reino de Granada en el siglo XVIII* de Becker y Rivas Groot, por ejemplo. Posteriormente, los trabajos de Juan Marchena sobre las fuerzas militares y la organización defensiva de la región, así como la obra de Ernesto Bassi sobre la imaginación geográfica de los marinos neogranadinos me han resultado sumamente ilustrativos.

Más allá del periodo específico sobre el que trabajo, algunas obras clave sobre la Nueva Granada de finales del siglo XVIII y principios del XIX también han afectado profundamente la forma en la que organizo y enseño mis clases de historia de

PENSAR HISTORIA

América Latina y la forma en la que pienso sobre la raza como categoría, no sólo en la época transicional entre el virreinato y la república. Mis alumnos de licenciatura leen siempre los trabajos de Marcela Echeverri sobre la esclavitud en Barbacoas a mediados del siglo XVIII y sobre las comunidades indígenas y Afro-descendientes que apoyaron a las fuerzas realistas durante la guerra de independencia. En este último contexto también suelen leer a Steinar Seather. El trabajo de James E. Sanders también es normalmente lectura obligada para entender la inserción de grupos populares en la política liberal de mediados del siglo XIX. En Warwick, además, tuve la fortuna de coincidir con Andrea Cadelo Buitrago, cuyo trabajo sobre la relación entre distintos espacios geográficos y climáticos y las categorías raciales es sumamente interesante.

Más recientemente también he tenido la oportunidad de aprender muchísimo gracias al trabajo de jóvenes investigadores sobre distintos temas de la historia neogranadina. Entre ellos destacaría los estudios sobre los correos mayores de Rocío Moreno Cabanillas, la obra sobre el uso del perdón como mecanismo de gobierno en el siglo XVIII de Jairo Melo, los estudios sobre la villa de San Gil de Julian Andrei Velazco, los trabajos de Bethan Fisk sobre la geografía cultural y la generación y circulación de saberes entre poblaciones Afro-descendientes en el siglo XVIII, y el trabajo sobre niños y jóvenes mestizos en el siglo XVI de Katherine Godfrey.

Pensar Historia:

Hablando ya directamente sobre su libro *The Spanish Monarchy and the Creation of the Viceroyalty of New Granada (1717-1739)*, ¿qué fue lo más desafiante para la investigación que desarrolló? ¿Cómo fue su experiencia con la enjundiosa cantidad de fuentes primarias consultadas? ¿Qué archivos y bibliotecas visitó? ¿Alguna anécdota en particular u observación especial sobre este proceso?

FAEB:

Creo que uno de los retos más importantes que enfrenté al transformar mi tesis doctoral en una monografía fue decidir exactamente qué quería hacer en el libro. La tesis, como mencioné antes, buscaba entender la reforma del régimen virreinal a lo largo y ancho del mundo hispano durante la primera mitad del siglo XVIII. Pero desde muy pronto me di cuenta de que el proyecto era demasiado extenso como para funcionar bien como libro. El problema, entonces, era decidir en qué enfocarme. La tesis tenía tres aristas principales: la supresión de los virreinos europeos, la creación del virreinato de la Nueva Granada, y la militarización del perfil de los virreyes del Perú y la Nueva España. Este último ángulo, que era uno de los que me habían resultado más interesantes a la hora de escribir la tesis –quizá porque era el

PENSAR HISTORIA

que estaba más directamente anclado en la experiencia de individuos concretos— fue el primero que rechacé como objeto del libro. Esto se debió en buena medida a que, sin haberlo planeado específicamente, había ya publicado un par de textos —un artículo y un capítulo de libro— sobre el tema y había comenzado un nuevo proyecto explorando el proceso de militarización de cargos de gobierno a nivel de gobernadores provinciales que todavía necesitaba mucho trabajo. Descartar la parte sobre la supresión de los virreinos europeos me costó más trabajo, pero terminé abandonándola en parte porque no quería que el libro terminara siendo sólo sobre España (o España y un poco de Italia). Pero también porque me di cuenta de que la parte que me parecía más interesante —el proceso de decisión que se había seguido a la hora de suprimir los virreinos, la forma en la que este encajaba con otras reformas tempranas y lo que nos aportaba al entendimiento de las dinámicas políticas en la Península—, se podía adaptar bastante bien a un estudio que se enfocara más en el proceso de creación del virreinato neogranadino. Este último tema tenía varias ventajas: se había escrito muy poco al respecto desde mediados del siglo XX; hasta donde yo sabía existía un solo estudio que buscaba entender las dos creaciones del virreinato de forma conjunta; y el enfoque me permitía insistir en lo que para mí era una de las principales conclusiones de la tesis, el que las respuestas a nuestras preguntas cambiaban si pensábamos España y América de forma conjunta en vez de pensarlas por separado.

Una vez que decidí cuál sería el enfoque del libro, el resto del trabajo fue relativamente más fácil. Elegir las secciones de la tesis que recuperaría para el libro, y decidir cuánto del material que estaba en las notas a pie de página se podía integrar al texto y cuanto había que eliminar fue relativamente fácil. El siguiente paso fue escribir los capítulos o secciones que hacían falta para entender específicamente la Nueva Granada, que me costó un poco más de trabajo, pero fue un proceso sumamente enriquecedor y que me dio oportunidad de leer muchos textos que se me habían quedado en la pila de pendientes así como de usar material recopilado en los archivos pero que no había logrado incorporar a la tesis. Ya a la hora de refinar el argumento general del libro y asegurarme que éste fuera visible a lo largo del todo el texto me beneficié muchísimo de los comentarios y sugerencias de los editores y dictaminadores de Brill.

La gran mayoría de la documentación de archivo que usé en el libro proviene del Archivo General de Indias en Sevilla. Afortunadamente, a finales de la década del 2000, los vuelos de Birmingham (el aeropuerto más cercano Warwick) a Málaga (de donde se puede ir a Sevilla en tren fácilmente) eran bastante frecuentes y baratos. Esto me permitió hacer varios viajes al archivo, de dos o tres semanas cada uno, en

PENSAR HISTORIA

vez de realizar una sola estancia de unos cuantos meses. Creo que esto fue muy productivo porque entre una estancia y otra podía concentrarme en escribir, seguir leyendo fuentes secundarias, y trabajar a fondo con las fuentes que había recopilado previamente. Esto me permitió tener una idea más clara de qué era lo que me hacía falta buscar en la siguiente visita, en vez de tratar de sacar todo el material posible de una sola vez. En mi primera visita al AGI me concentré en darme una idea del contenido general de algunos de los legajos que sabía que eran relevantes para el proyecto —material que habían trabajado McFarlane, Garrido Conde y Ones—, transcribiendo o pidiendo reproducciones sólo de algunos documentos que ya sabía que era absolutamente fundamentales. En mis siguientes visitas fui viendo ya con más detalle documentación que había pasado a la carrera antes y expandiendo mis búsquedas hacia otros legajos siguiendo pistas que iban apareciendo a medida que seguía leyendo fuentes secundarias. En uno de estos viajes a Sevilla, en vez de volar vía Málaga, hice escala en Madrid donde me quedé algunos días para consultar documentación en el Archivo Histórico Nacional y en la Biblioteca Nacional, siempre organizando mi exploración de las colecciones a partir de pistas procedentes de la literatura secundaria. A la Biblioteca Británica, en Londres, también fui en persona varias veces, lo que era bastante fácil —aunque no exactamente barato— desde Warwick.

Además del trabajo presencial en estos archivos, hice uso intensivo de la documentación digitalizada en PARES; de hecho, buena parte del material procedente del Archivo Histórico Nacional y todo lo que aparece citado en el libro procedente de la Sección Nobleza y del Archivo de la Corona de Aragón lo consulté de manera electrónica. Las fuentes del Archivo General de Simancas en realidad son parte del material que recopilé para el proyecto sobre la militarización de gobernaciones provinciales en el que trabajé entre que terminé la tesis y comencé a trabajar en el libro. Visité Simancas dos veces, un par de semanas en cada viaje. En la primera ocasión revisé los llamados títulos de Indias de la Dirección General del Tesoro, sabiendo ya exactamente qué documentos me interesaban gracias a la excelente guía del archivo que tiene un volumen dedicado exclusivamente a esta colección. Durante ese viaje también invertí tiempo hablando con los archivistas para entender mejor qué documentación había en los fondos de la Secretaría de Guerra lo que, tras algunos caminos errados, me llevó a la colección de expediente personales de oficiales militares de la primera mitad del siglo XVIII. El Archivo General de Simancas es quizá en el que se trabaja de forma más agradable de todos los archivos estatales españoles; además de que la fortaleza donde está alojado el archivo es espectacular. Yo recomendaría ampliamente aprovechar cualquier oportunidad para pasar unos días trabajando ahí (aunque quizá hospedándose en Valladolid mejor que en Simancas).

PENSAR HISTORIA

El resto de la documentación citada en el libro la obtuve a través de colegas, que amablemente me facilitaron copias de materiales que habían trabajado ellos. Les estoy enormemente agradecido a Ainara Vázquez, por los documentos del AGN en Bogotá, Aaron Alejandro Olivas, por los del Archivo del Ministerio Exterior de Francia, y a Thomas Calvo por algunos de los documentos de la Biblioteca Nacional de España.

Más allá de estos archivos hice uso extensivo de las bibliotecas de la Universidad de Warwick y del Colegio de Michoacán. En Warwick me beneficié, además, de un excelente servicio de préstamo interbibliotecario que me consiguió fuentes secundarias procedentes, en ocasiones, de los lugares más insospechados, incluido un artículo sobre los gobernadores de Cartagena de Indias que, por algún motivo, me llegó de la biblioteca de una facultad de matemáticas en Japón.

Quizá el secreto más oscuro —y vergonzoso— de *The Spanish Monarchy* es que lo escribí sin visitar Colombia una sola vez. Desde luego, esto no fue por falta de ganas o de interés. Durante el doctorado, dado que el enfoque de la tesis era geográficamente más amplio, y con la presión de terminar la tesis en tres años como se acostumbra en el Reino Unido, me resultó difícil justificar una estancia en Bogotá. Después, cuando estaba ya trabajando en el libro, la precariedad laboral y falta de fuentes de financiamiento que vienen con los contratos posdoctorales de corta duración lo hicieron imposible. Esto es algo que lamento muchísimo, no sólo porque el libro habría sido mejor si hubiera podido consultar fondos en Colombia, sino también porque me habría dado la oportunidad de construir mejores redes profesionales en el país.

Pensar Historia:

Con su obra has demostrado una notable solvencia en el conocimiento sobre el pasado de esta macro-región del mundo atlántico, en ese sentido y a su juicio ¿qué temas y líneas de investigación sobre el período colonial deberían gozar de más atención y desarrollo?

FAEB:

Para mí, uno de los temas clave que no hemos estudiado suficiente son las relaciones entre distintas partes del mundo hispánico. Aunque tenemos bastante información sobre el flujo comercial y de remesas, o la circulación de personas y correspondencia entre la Península Ibérica y varias regiones de Hispanoamérica, aún sabemos muy poco sobre estos mismos flujos entre una región y otra. Al revisar, por ejemplo, los

PENSAR HISTORIA

libros de cuentas de las cajas reales de Cartagena, uno no puede dejar de sorprenderse del número de embarcaciones que entraban y salían del puerto con destino a lugares como Puerto Rico, Santo Domingo, la Habana o Veracruz y que no eran parte de la llamada carrera de Indias. De igual forma, resulta sorprendente el número de individuos (y sus familias) que circulaban entre múltiples puntos del mundo hispano y de cuya experiencia e importancia como agentes articuladores de la monarquía aún sabemos muy poco.

La idea de que las monarquías ibéricas de la edad moderna eran policéntricas —es decir, que se caracterizaban no sólo por la existencia de territorios con fueros y tradiciones políticas distintas, sino por una serie de relaciones complejas entre estos territorios— ha venido ganando popularidad en los últimos diez o doce años. Sin embargo, aún sabemos muy poco sobre cómo se materializaban estas relaciones en el día a día. Pedro Cardim, Tamar Herzog, José Javier Ruiz Ibáñez y Gaetano Sabatini argumentaron en 2012 que las monarquías ibéricas eran espacios ‘multi-territoriales’ compuestos por ‘múltiples centros interconectados que interactuaban con el rey pero también entre ellos, contribuyendo activamente a la construcción del cuerpo político’, y que estos centros estaban constantemente ‘observándose y emulándose (o no) unos a otros’. En la práctica, estas interacciones se manifestaban a través de las acciones de individuos concretos, cuyos viajes, comercio y correspondencia conectaban a los distintos territorios, transmitiendo información, interpretando los sucesos que acontecían en otros lugares, y tomando decisiones económicas y políticas como integrantes de las instituciones y corporaciones de las provincias donde vivían.

Aunque gradualmente estamos entendiendo mejor la forma en que los habitantes del mundo hispano experimentaban la estructura compuesta y policéntrica de la monarquía, aún nos queda mucho por hacer para entender realmente las vidas, redes e ideas que enlazaban sus distintas partes. Estudios, como el de Ernesto Bassi, que buscan entender la imaginación geográfica de los habitantes de dichas provincias y los lazos y relaciones mediante los cuales situaban sus experiencias, son un buen inicio. Lo mismo se puede decir de los estudios de Mariano Bonialian que se plantean seriamente el análisis del comercio interregional en la América moderna. Pero aún nos queda mucho más por hacer para entender realmente lo que implicaba vivir en una monarquía policéntrica. Esto, desde luego, no se limita únicamente al estudio de las élites políticas. Al contrario, para entender realmente los lazos que unían a distintas partes del mundo hispano es indispensable ir más allá y considerar seriamente el movimiento, las actividades económicas y las redes afectivas de hombres, mujeres y familias indígenas y afro-descendientes, a la par de los sujetos que

PENSAR HISTORIA

más tradicionalmente tendemos a pensar como sujetos móviles o con redes interregionales y transatlánticas más evidentes.

Pensar Historia:

¿Cuáles es, por el momento, su agenda investigativa? ¿En qué se encuentra trabajando ahora?

FAEB:

En los últimos años he venido trabajando precisamente en un aspecto de las dinámicas de interconexión de las que hablaba antes. En particular estoy interesado en las experiencias de movilidad geográfica escalonada. Es decir, individuos cuyas vidas consistieron en una sucesión de estancias relativamente largas en múltiples espacios de la monarquía. A principios del 2020 recibí una beca del Consejo de Investigación en Artes y Humanidades del Reino Unido para llevar a cabo un proyecto que busca entender las experiencias de tres gobernadores provinciales de principios del siglo XVIII cuyas carreras los habían llevado por una multitud de destinos en Europa y América. En este contexto específico, el proyecto se plantea entender cómo la movilidad geográfica de estos individuos contribuyó a la construcción del reformismo borbónico de principios del siglo XVIII. Cómo al moverse de un lugar a otro llevaban consigo experiencias y relaciones previas, a las que se iban agregando nuevos conocimientos, habilidades y contactos, y cómo estos procesos, a través de la correspondencia con la corona, se relacionaban con los proyectos reformistas de los primeros Borbones. La pandemia y la imposibilidad de viajar a los archivos que nos habíamos planteado visitar inicialmente —incluido nuevamente el AGN en Bogotá— han retrasado un poco el proyecto y nos han forzado a moderar un tanto los objetivos. Aun así, estamos empezando a producir resultados. Recientemente publicó en línea en la revista *Atlantic Studies* un artículo mío titulado “Female staggered mobility across the Spanish Atlantic: The Bertodano-Kneppers in the early eighteenth century”, en el que exploro las experiencias de movilidad escalonada de la mujer e hijas de uno de los gobernadores estudiados en el proyecto. Dicho análisis demuestra cómo no eran sólo los individuos varones que se movían directamente en el servicio de la corona, sino también el sinnúmero de individuos que se movían con ellos o en su entorno los que contribuían a la construcción de las redes, prácticas políticas y comerciales que articulaban el mundo hispano.

En una línea similar, en marzo del año pasado organizamos un congreso virtual en el que se presentaron una serie de ponencias que exploraban otras experiencias de movilidad escalonada en el mundo hispano moderno. Algunas de las ponencias

PENSAR HISTORIA

estudiaban a otros agentes de la corona –gobernadores provinciales del siglo XVI y XVII, oficiales reales y virreyes del XVIII—, otras a individuos esclavizados en Orán o en Cartagena de Indias, a niños mestizos, a comerciantes que se movían entre España y el interior del Río de la Plata, a inmigrantes del Imperio Otomano a la Península Ibérica, de Canarias a las Indias, o de las Indias a Europa. La idea era destacar, primero, que estas experiencias eran mucho más comunes de lo que pensamos, y segundo, empezar a pensar en su significado tanto para los individuos mismos como para los espacios que vinculaban a través de su movimiento. Justo ahora estamos en el proceso de publicar un número monográfico con varias de las ponencias presentadas en el congreso.

Pensar Historia:

Cambiando un poco de tema, ¿cuál es su opinión sobre la historia atlántica en el Reino Unido? ¿Es un área historiográfica privilegiada? ¿Qué podría expresar al respecto?

FAEB:

Creo que la historia atlántica, aunque importante, no es realmente un campo privilegiado en el Reino Unido. A mi parecer, tiene mucho mayor importancia en los Estados Unidos. En la Gran Bretaña, en la última década, la historia global se ha vuelto mucho más importante que la atlántica. Esto se debe a que la historia global permite una crítica más directa al imperialismo británico del siglo XIX (o, en algunos casos, una forma de seguir haciendo historia imperial bajo otro nombre). Aun así, en la academia británica, la historia atlántica sigue siendo un campo historiográfico dinámico y fructífero. En años recientes se han publicado trabajos extraordinarios sobre la religiosidad y vida cultural de individuos Afro-descendientes esclavizados (quizá el campo que más ha crecido en los últimos cinco o diez años), sobre el abolicionismo en el mundo hispano, sobre la presencia de individuos indígenas en España y Europa entre otros temas.

Pensar Historia:

Por último, como admiradores de su obra, quisiéramos que nos compartiera algunos *tips* o consejos, asuntos que, a su entender, quienes se están formando como profesionales en historia nunca deberían perder de vista.

FAEB:

Uno de los temas que todos los años tengo que recordarles a mis estudiantes de licenciatura es que la historia, como disciplina, tiene más que ver con debates inter-

PENSAR HISTORIA

pretativos que simplemente con la reconstrucción del pasado. Desde luego que lo que tratamos de hacer como historiadores es construir una interpretación narrativa de los sucesos y procesos que estudiamos. Pero el trabajo no se puede quedar ahí. Es indispensable que nuestras interpretaciones dialoguen con la historiografía ya sea sobre el tema y lugar concreto que nos proponemos estudiar o con debates más amplios dentro del campo. El conocimiento histórico avanza a través de la crítica y el desacuerdo. Es menos probable que uno encuentre una fuente perdida que transforme nuestra forma de entender un suceso, que el que dicha transformación proceda de leer una fuente conocida y ampliamente utilizada de forma distinta a cómo la han interpretado otros. La crítica historiográfica, en este sentido, no debe ser un ataque a las interpretaciones previas (aunque a veces hay buenas razones para hacerlo), sino un diálogo que reconoce los puntos de partida distintos, los momentos historiográficos específicos que producen ciertas interpretaciones. Reconocer que las conclusiones a las que podemos llegar a partir de una misma fuente cambian dependiendo del andamiaje teórico y de los ángulos desde los que las leemos lleva a un diálogo más productivo. Pero también hace más fácil el reconocer que las ideas e interpretaciones que postulamos hoy, probablemente tengamos que abandonarlas mañana a la luz de nueva evidencia o de nuevos puntos de análisis. Para mí, esa capacidad de crítica, que parte de entender las razones por las que se llega a conclusiones distintas, es precisamente una de las principales habilidades del historiador. Esa capacidad de diálogo y de mediación entre opiniones o interpretaciones distintas es, además, algo que el egresado de un programa en historia debe poder poner en práctica en áreas de la vida cotidiana que van más allá del estudio de las sociedades del pasado.

(Corolario:) Muchas gracias por su tiempo y la generosidad en sus respuestas. Esperamos poder seguir contando con su valiosa ayuda y conocer próximamente los avances en sus investigaciones. Un gran saludo por parte de la comunidad de estudiantes de historia de la Universidad de Antioquia.